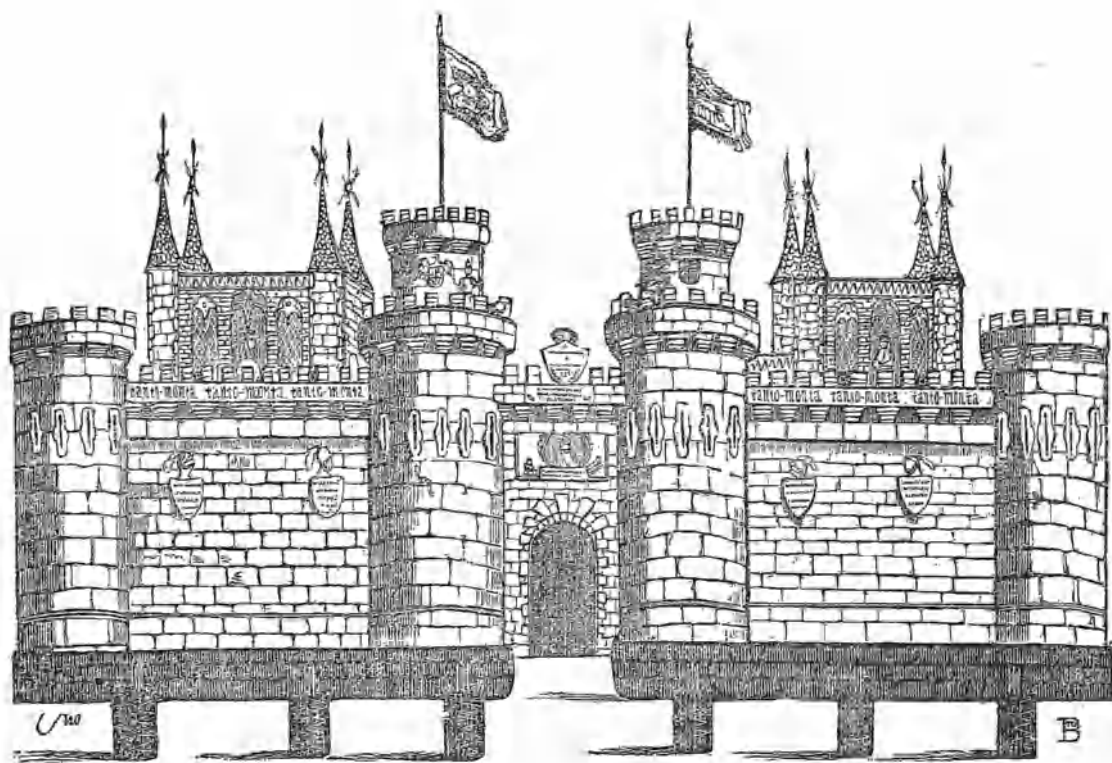


SUCESOS CONTEMPORANEOS.



Iluminaciones de Madrid á la entrada de S. M. la Reina Madre.

Entre los festejos con que se ha celebrado en Madrid, el feliz regreso á España y á la Córte, de S. M. la Reina Madre Doña María Cristina de Borbon, despues de muchos años de forzosa ausencia, se ha distinguido el edificio levantado en la entrada del palacio de Buena-Vista, que ocupan los establecimientos centrales de los cuerpos de Artillería é Ingenieros, y cuya vista representa el grabado que precede. Su ejecucion hace honor al buen gusto y conocimientos de los Sres. Directores de ambas armas, y de cuantos han contribuido á levantar un monumento que ha sido admirado de todos, y cuya descripcion tomamos de la que los mismos han publicado.

El pensamiento que se deseaba trasmitir y á cuya expresion se quiso dar la mayor claridad posible es el siguiente:

Los cuerpos de Artillería é Ingenieros, al tributar sus obsequios á la Augusta Madre de su Reina, pusie-

ron á su vista y la del público una antigua fortaleza que encerraba un palacio y pudiera apellidarse

EL ALCAZAR DE LA REINA

DOÑA ISABEL LA CATÓLICA;

presentándolo tal como debió existir por los años de 1500 ó sea despues de la conquista de Granada; y del descubrimiento de la América. Los recuerdos de la época mas gloriosa de nuestra Historia, apartando el ánimo de otros mas recientes lo llevan sin violencia á la contemplacion de grandes hechos que produjeron señalados ejemplos de buen gobierno, de honor, lealtad y valor; dando ocasion á los Artilleros é Ingenieros, en mas de cuarenta sitios de otras tantas fortalezas árabes, son-etidas á su esfuerzo, de contribuir poderosamente al esplendor del trono y del pueblo español.

El muro que constituye la parte que se descubre de la fortaleza, no solo tiene su elevación natural ó propia, sino también los matacanes, almenas y demás condiciones de la época á que se refiere; sobresaliendo á su frente cuatro torreones semicirculares, dos en los extremos y dos más elevados en el centro, que defienden la puerta colocada entre ellos.

Descúbranse en las cortinas ó lienzos de muralla comprendidos entre los torreones, cuatro escudos coronados de morriones y cimera, donde se leen en caracteres contemporáneos los principales sitios ocurridos en la guerra que concluyó por la toma de Granada, y la expulsión de los moros. Su número y el orden por que se emprendieron causan admiración y acreditan la excelencia del sistema, tan hábilmente concebido como ejecutado, que bastó á dar cima á empresa tamaña. En ella resplandecen la discreción, valor y constancia de la Reina Isabel, la destreza de sus Capitanes y las prendas de los Artilleros é Ingenieros, que en tan porfiada lid hubieron de ostentar su pericia y bizarría; dado que el ataque y defensa de las plazas ofrece sin duda la ocasión más adecuada de apreciar debidamente los esfuerzos de ambas profesiones, la afinidad de suservicio, y el poderoso influjo de su auxilio recíproco.

En la parte superior del muro, sobre la línea de los matacanes y en el espacio inferior de las almenas, que hace como de friso en el cornisamento, si cabe decirlo así, de este orden de arquitectura militar, se figura de relieve el mote célebre del *Tanto monta*, colocado alternativamente entre el yugo y las flechas, con que Antonio de Nebrija, su inventor, quiso dar á entender que los Reyes Católicos así conquistaban los ánimos por la fuerza de las armas como por su política. Este mote se encuentra en situación semejante en los edificios de aquel tiempo.

En medio de los dos torreones del centro y sobre la puerta, forrada de hierro, se estende un gran relieve, donde aparece un medallón con el retrato de Doña Isabel I, Reina Católica; notándose las cruces ó encomiendas de las Ordenes militares, cuyos maestrizgos había reunido á la Corona su firmeza. Completan el relieve á los lados del medallón trofeos militares, propios del siglo XV, en los cuales se descubren los atributos especiales de Artillería é Ingenieros: tales son las grandes piezas llamadas lombardas, de dos formas distintas, usadas entonces, las enormes balas de piedra que con ellas se arrojaban; los útiles que se empleaban en los trabajos de sitio, trozos de armaduras y entre estas la coraza, emblema también del arma defensiva de la fortificación, espadas y picas, banderas y pendones.

Lombardas de las mismas especies aparecen colocadas sobre el muro de la fortaleza, las mayores entre los torreones, y las de menor calibre en estos.

Coronan los dos más elevados y que, según se ha dicho, corresponden al centro de la fortaleza, dos torres de menor diámetro pero de la misma forma, sobre las cuales se advierten dos escudos de armas. El uno de ellos presenta los cuatro cuarteles de Castilla y Leon sobre el águila de San Juan evangelista, elegida á

este fin por la piedad de los Reyes Católicos. El otro muestra en sus diversos cuarteles los blasones reunidos por dichos Reyes, incluso el de Granada.

Cada uno de los dos pendones reales, de damasco carmesí, que ondean sobre lo más elevado de dichas torres, tiene bordado de los colores propios, de plata y oro, el escudo que se vé en la que los sostiene.

Por encima del muro, en la parte que corresponde á sus dos lienzos ó cortinas, descuellan dos edificios góticos que representan los pabellones ó cuerpos que se elevan en los ángulos del palacio interior, cubierto por la fortaleza, los cuales enlaza la balaustrada de la azotea en que termina dicho palacio.

En los ángulos de ambos cuerpos se alzan torres esbeltas propias de su construcción; entre ellas y ocupando el centro de cada una de sus fachadas hay tres ventanas del mismo género. En sus cristales, según entonces se usaba, están pintados de colores varios objetos propios del edificio y de la época. En las dos que corresponden al centro de las fachadas principales, aparecen los retratos de Doña Berenguela y Doña María, Reinas gobernadoras, dignas de la veneración de los Españoles, y de la esclarecida fama de que gozan por el saber y la prudencia con que salvaron el Estado en el conflicto de las discordias civiles, fomentadas por las minorías de los Monarcas. En las ventanas centrales de los lados que miran al oriente se aperciben los sitios de Málaga y Baza, célebres por la presencia de la Reina Isabel, y por el uso ingenioso y notable de las minas antiguas, y de la Artillería más perfeccionada entonces. En las que por el lado occidental tienen igual situación aparecen objetos alusivos al descubrimiento de la América. En la una se ven los dos mundos coronados, las columnas de Hércules con el lema *Plus Ultra*, y el sol de occidente en último término. En la otra se divisa sobre el horizonte la tierra del nuevo continente, por la proa de la Carabela que montaba el célebre Colón, y que guiaba su buena estrella y la del reinado de Isabel la Católica.

Cuatro soldados de artillería é ingenieros, cubiertos de pies á cabeza con armadura del siglo XV, estaban de centinela con picas sobre el muro.

Hasta aquí las partes que componen y el aspecto que ofrece el antiguo Alcazar.

Para determinar su aplicación al objeto presente, aparece como recientemente colocado en la parte más central de la fortaleza y sobre lo más elevado del muro un escudo que encierra la dedicatoria. Debajo de una corona de laurel y oliva, y de una estrella que ocupan su parte superior se lee lo siguiente:

A LA

MADRE DE LOS ESPAÑOLES

Y DE SU

REINA

LOS ARTILLEROS É INGENIEROS.

Al pie del escudo y sobre el muro está inscripción:

FORTALEZA, SABER, LEALTAD, VALOR,

DEL TRONCO Y DE LA PATRIA

APOYO Y ESPLENDOR.

Por la parte exterior del muro, al nivel de la calle, corre otro mas pequeño ó sea un pretil que limita el foso, y á corta distancia de él, para alejar la concurrencia hácia los mejores puntos de vista, forman una especie de valla, cestones y fajos de zapa, oportunamente colocados.

Por la noche, la iluminacion definió en lo posible todos los objetos, y encumbrado sobre ellos apareció en el cielo, bajo una corona de oro con caracteres luminosos, el nombre de

CRISTINA.

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.

D. MANUEL ARJONA (1).

El 24 de Setiembre se le hizo cargo de su causa por el juez de primera instancia, se le confiscaron los bienes por el intendente, y le dejaron allí incomunicado, sin embargo de la mal sana pieza que habitaba y de que se le habian hinchado las piernas. En 17 de Octubre, despues de mes y medio de arresto, se le recibió una declaracion indagatoria, de que resultó que no habia sido el editor de la Gaceta de Córdoba, que fue lo que en Ecija dió motivo á su prision; mas no se le permitió en su casa el arresto hasta el 24 de Diciembre, y despues el 5 de Febrero se le amplió á la ciudad y arrabales.

Para hacer ver la rectitud de su conducta y fidelidad á la causa de la Nacion durante el gobierno intruso, publicó en el mismo año de 1814 un manifiesto, en que despues de haber respondido á todos los cargos que se hacian, y de haber manifestado cuantos habian sido sus servicios y cuanto excedian á las faltas que injustamente se le imputaban, se espresa así: «Yo me ofrezco, pues, á tu vista, ó patria, buscando la balanza de tu justicia... te presento mis propios intereses abandonados por seguir tu causa, mi constante aversion á estraviar la opinion de tus hijos, que te era conducente; tus males aliviados haciendo conferir los encargos de gobierno á los que no abusasen de ellos; tus generales instruidos de las miras de los enemigos; tus fervorosos partidarios protegidos con astucia, y con energia: tus predilectos hijos que derraman por tí su sangre en los campos del honor, aliviados en sus indigencias, restituidos de sus prisiones, y armados en tu defensa; mis luces dedicadas, y mis conocimientos consagrados todos á mejorar mi nacion sin temer el furor de los tiranos, enemigos siempre de la ilustracion: tus legitimos magistrados fortalecidos en tu causa sin respeto á las amenazas de los satélites del gran despota: tus inocentes ciudadanos libertados de la afliccion y arrancados del mismo pie del suplicio...» Finalmente fue sentenciada su causa en grado de revista, y absuelto, declarando su prision ilegal, y le reservaron su derecho para que usase

(1) Véase el número anterior.

de el contra quien viese convenirle; lo que no hizo, contento solo con haber vindicado su conducta, que tan injusta y vilmente habian acriminado.

A fines del año 1818, ó principios del 19 pasó Arjona á Madrid, y en Enero de este año leyó á la Academia latina siendo su secretario, un elogio fúnebre en latin que despues publicó con la traduccion castellana, de la Reina Doña María Isabel de Braganza. En este tiempo se introdujo en palacio, y logró el aprecio de Fernando VII, que para conferenciar con él, lo solia llamar algunas veces. En una de estas parece habló poco favorablemente de los conocimientos del Ministerio de gracia y justicia Lozano de Torres, de cuyas resultas, segun se orea, recibió á poco tiempo inesperadamente una real orden en que se le mandaba alejarse cincuenta leguas de Madrid y sitios reales; lo que le causó una sorpresa que alteró notablemente su salud. Restituyose á Córdoba donde permaneció algun tiempo, entretanto que su hermano D. Jose Manuel de Arjona, que despues fue Asistente de Sevilla, conseguia se le levantase tal prohibicion. Hallabase en aquella ciudad por Marzo de 1820 cuando se juró en ella la constitucion, en cuyo tiempo compuso una memoria titulada: «Necesidades de la España que deben remediarse en los próximas Córtes» y despues volvió á Madrid, donde se ocupaba como siempre en cultivar las letras, y tratar con literatos, cuando fue acometido de su última enfermedad, en que manifestó la mayor docilidad á los preceptos de los facultativos, y una gran resignacion, cuando entendió el estado desesperado de su salud; y así, recibidos los Santos Sacramentos llegó hasta las siete y media de la tarde del 25 de Julio de 1820, en que falleció á los 49 años de su edad.

Era D. Manuel María de Arjona de buena estatura y de medianas carnes; sus facciones bien proporcionadas, y su color blanco, el pelo muy negro, y cerrado de barba, los ojos grandes, prominentes, la vista torcida. En su trato era llano, atento, afable, jovial y á veces picante y satírico; descurrido y negligente en orden al porte y aseo de su persona: su conversacion amena é instructiva.

De la beneficencia y de la caridad que siempre respaldaron en él, dió en todas ocasiones señaladas pruebas. En la epidemia de Sevilla de 1800, se ocupó en el estudio de la medicina, para hacer mas fructuosa su continua asistencia á los enfermos; y era tan sensible á las desgracias y padecer ajenos, que enjugaba las lágrimas de un niño con la misma afabilidad é interes que solia emplear en el consuelo de los graves infortunios á que otras edades estan sujetas. Aunque disfrutaba una renta de 60 á 70,000 rs. era tan desprendido, y vivió tan entregado á su familia, que nunca manejaba ni tenia dinero. Siempre repartió sus bienes con los necesitados, y el año fatal de 1812, en que se esperimentó gran carestia en Córdoba y otras muchas partes, se redujo á una escasa sustentacion, no permitiéndose gozar lo mas mínimo superfluo, cuando tantos perecian por carecer de lo necesario. Si no tenia que dar daba consejos, favorecia con su influencia y comunicaba sus luces. Su

ocupacion mas frecuente era reconciliar disensiones, favorecer pretendientes, promover proyectos de fomento, y ejercer de todos modos la liberalidad.

Su única distraccion y desahogo era el estudio, la asistencia á las Sociedades económicas y literarias, y la conversacion con personas de instruccion y talento. Para satisfacer su gusto é inclinacion á cultivar las letras, fundó la Academia General de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, elevando á tal la Seccion literaria de la Sociedad Económica. Aun en su casa solia tener Academia de varias ciencias, á que concurrían las personas estudiosas de la ciudad.

Fue D. Manuel María de Arjona excelente humanista, filósofo, jurista civil y canónico; teólogo muy versado en los escritos de los Santos padres y doctores de la Iglesia, y en la Historia civil y eclesiástica; y además poseía las lenguas sábias y muchas de las vulgares. No le adornaban grandes dotes de orador; pero sus discursos eran elocuentes y sublimes, y su lenguaje puro y castizo. Cultivó la poesia empleando en ella su elevado ingenio y lozana imaginacion, de que son fruto las pocas composiciones que han salido á luz, ora sueltas, ora en periódicos, ó bien en la última edicion de poesias selectas castellanas de Don Manuel José Quintana, habiendo quedado inéditas muchas más. En prueba de su talento poético no queremos dejar de insertar alguna muestra de sus composiciones.

SONETO.

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Arion intenta,
Y le es mas facil que un delfin la sienta,
Que no los despiadados marineros,
Pues rendido á sus trinos lisongeros
Benigno el pez al jóven se presenta
Y en su espalda la noble carga ostenta
Que arrojaron sus necios compañeros.
¡Ay Albino! conócelo algun día
Ni mas el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impia
No se vencen así pechos humanos;
Busquemos en los tigres compañía
Y verás que nos son menos tiranos.

De su hermosa Oda á la Nobleza española tomamos el siguiente pasage, que es igual á todo lo demás de la composicion:

Así el que rige el fulminante carro
Competidor bizarro
De los rayos del Rey del firmamento,
Y el que aguja el bridon, hijo del viento,
Y el infante que en orden, arrojado
Da y recibe la muerte, y el que humilla
Al ponto airado en victoriosa quilla,
Te harán preciada al Támesis nublado,
Te harán temida al Ródano profundo,
Te harán ¡oh patria! adoracion del mundo.

Inventó Arjona las estrofas de una oda titulada la *Diosa del bosque*, las cuales agradan mucho por su novedad y aun por su estrañeza, formando de ocho versos, ó sea de dos estrofas, un período poético completo. Principia así:

O si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algun dia de inmortal dulzura
Este bosque bañar,
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lucida belleza,
Deja, pues, diosa que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Inspirado Arjona de la grandeza y magestad de los restos que aun duran de la ciudad señora del mundo, compuso un poema lírico didáctico titulado: *Las ruinas de Roma*, que imprimió á la vuelta de su viaje de aquella capital en 1808, y principia así.

Salve, suelo glorioso; ¡oh! eternamente
La nave voladora que á adorarte
Me ha conducido fiel, guarde clemente
El Dios del gran tridente.
Salve, gran Roma, salve hija de Marte.
¡Cual mi mente sublimas!
¡Oh! honor del universo al contemplarte
Aun desatada en polvo! Me parece,
Que en esta noche silenciosa animas
Los siglos muertos, y de nuevo crece
De entre esas piedras tu perdida gloria,
Y á ser vuelves metrópoli del orbe.
Aquel monte de escombros erizado
Sobre mi patria espera otra victoria,
Y quiere que otra vez el mundo encorbe
Bajo tu yugo el cuello esclavizado.
Aquel hogar soberbio, aunque postrado
Del domador del Africa es la cuna;
Y al tímido reflejo de la luna
Miro sobre estos íclicos fragmentos
Augustas mi! brillar sombras triunfales
Que de su gloria al ver los monumentos
Rotos yacer, con lúgubres lamentos
¡O ciudad infeliz! lloran tus males.

Dejó además inéditas muchas memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica, y derecho canónico; una *historia de la Iglesia Bética*, y finalmente una *defensa é ilustracion latina del concilio liberitano*. Todas estas obras, cuyos manuscritos, segun parece conservaba su hermano D. José Manuel de Arjona, seria de desear viesen la luz pública en beneficio de la literatura nacional.

LOIS MARIA RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



Restos antiguos de Alarcos.

Alarcos llaman nuestros cronistas a la que se llamó por los Romanos *Marcarris*, y por los Sarracenos *Ilark*; y que no es en el día mas que un monton de ruinas sobre una colina, de la cual parecen sacar del polvo la abatida frente los monumentos que recuerdan la dominacion de entrambos imperios; por lo que este sitio es digno de fijar la atención del curioso viajero. Se encuentra una legua distante al Este Ciudad Real que ocupa los antiguos *Campos Oretanos*. Por aquel flanco, la cumbre de Alarcos la que fue, es accesible por una subida algo empinada, pero llena de escombros en unos parajes, donde deja la tierra conocer el cimiento de algunos edificios, que serian notables segun lo indica la estension en otros, tal como á unos doscientos ochenta pasos antes de llegar á la cumbre una fuente, cuyo dibujo que es el que se ve en el primer término de la estampa, muestra el lujo romano, que dejó esclarecidas huellas en esta ribera izquierda del Guadiana, cuando Alarcos tenía importancia en el mundo. Al llegar á la cumbre de este pedregoso y elevado cerro, se entra por una puerta de la antigua poblacion árabe; débiles restos

del murallon de aquel tiempo, que encierran en su recinto una cisterna del tiempo moruno, y á su frente un átrio formado con los fragmentos de las columnas del mismo tiempo, el cual deja entrada á una ermita gótica, dedicada á Nuestra Sra.; una tapa de un Sepulcro que sirve de pesebre cerca de este sitio; un sillar bien cortado allá, y un ladrillo romano con sus iniciales aquí, que está incrustado, ó mejor dicho, aplicado al servicio del muro sarraceno; un infinito número de fragmentos de barro de aquel tiempo; y algunos hierros, dardos y saetas que se encuentran á veces, y algunas hojas de lanzas y tambien espuelas de los caballeros que de una y otra banda perecieron en aquel sitio cuando D. Alonso la rindiera y sugetara á su dominio, son los documentos que se encuentran en aquel lugar, que á la par de las tapias de los edificios sarracenos, no dejan duda que fue un pueblo pequeño, pero bien fortificado en sus tiempos. Una cosa admirable se advierte en esta cima.

Supóngase el lector que la cúspide del cerro donde reposa lo que hoy puede llamarse el mausoleo de Alarcos, es perfectamente de la figura de un óvalo prolongado;

que el un extremo mira al O. y otro al E. el cual por el centro está partido por una cortadura natural, que cuasi lo separa en partes iguales. La que mira al E. es la que acabo de describir, y que según se ve no deja duda fue Alarcos, la Sarracena; pero en el cuerpo ó perímetro del O., mirando á los cuatro puntos cardinales, se advierten un cuadrilongo perfecto, con dos torreones cubiertos de escombros, que dan vista al E. Entrase por una bóveda, practicable por una rotura que corre de uno á otro torreón, cuya comunicación está cortada por unas tapias de fábrica árabe, de cal, almendroncillo y arena. Al otro extremo del O. se encuentran otros dos restos perfectamente rectangulares, que si pudieran descubrirse, estoy seguro nos mostrarían ser el otro frente de la fortificación. Este sitio, á mi modo de ver, fue la ciudadela del pueblo romano, que estaría al derredor, pues sabido es que el sistema de la defensa en aquellos tiempos era del radio al centro, de modo que se encontraban las ciudadelas como la llueca que espera tiernamente á sus polluelos, para defenderlos después de guarecidos bajo sus elementes y amorosas alas.

Tan patente es esta verdad, cuanto que los ensayos que practiqué en aquellos sitios me dieron por resultado, deformes paredones de piedra con cal, fragmentos de finísimo barro saguntino y atrusco, encarnado, negro y aplomado, y al contrario muy pocos de barro árabe, que tan frecuentes se muestran en el otro sitio. El ermitaño de este lugar á quien el vulgo llama el Santero, y que está destinado á custodiar la ermita, me mostró el sitio en el seno de esta ciudadela romana donde arando una vez con los bueyes se le hundieron hasta el brazuelo, de modo que fue preciso sacarlos con gran trabajo, apareciendo según me contó una habitación enadrada, que él bautizó con el nombre de cisterna, muy bien enlucida y enladrillada, terminando en bóveda; la cual como no le interesaba, tapó echándole muchas piedras y espuelas de tierra, para que pudiese seguirse labrando la propiedad. Ninguna moneda he podido indagar se haya encontrado en este sitio, ninguna lápida tampoco que pueda decirnos al nombre ni á que tiempo se reuonta la fundación, ni su época floreciente.

Este sitio es notable por la famosa batalla que en él se dió, y en la que fueron derrotados los españoles mandados por el rey D. Alfonso VIII. Algunas de nuestras crónicas lo atribuyen á castigo del cielo, por los amores tan conocidos de aquel rey con la hermosa Judá de Toledo (1). Nosotros hemos creído que no disgustará á nuestros lectores la descripción que de la batalla de Alarcos hace un distinguido autor francés, en su historia de España, y es la siguiente (2).

Durante algunos años permanecieron tranquilos los Árabes. El Sultán de los Almohades, que tenía que enfrenar nuevas sublevaciones en África, cayó malo en Marró, y se vió imposibilitado por lo tanto de conti-

nuar la guerra contra los reyes cristianos. Estaban estos entonces tan divididos, que no se podía pensar en expedición alguna contra los Sarracenos. Añádese á esto que el Portugal y Leon tenían entredicho, y el Aragon y Navarra estaban ocupados en guerras en el Mediodía de la Francia. El Rey Alfonso era demasiado cuerdo para escitar la venganza de los enemigos con nuevas incursiones. Pero cuando Martin de Pisuegra, después de la muerte de Gonzalo, llegó á ser Arzobispo de Toledo, este prelado violento y helicoso escitó una nueva guerra, haciendo una expedición á Andalucía. Dos años después de su episcopado, entró en aquel país, con numerosas tropas, animándole á aquella empresa lo mal guardadas que estaban las fronteras, y la noticia de la enfermedad de Jacob. Penetró en Andalucía por Sierra Morena, pasando el Guadalquivir. Todo lo destruyó el hierro y el fuego; las mieses y los viñedos fueron arrasados, cortados los olivos, incendiadas las ciudades y aldeas, arrebatados los ganados, y llevados como esclavos los hombres desarmados y las mugeres; los cogidos con las armas en la mano fueron degollados. Los desdichados Moros de España, aunque inocentes de las crueldades de los Almohades de Africa, no encontraron auxilio ni apoyo contra su enemigo. La caballería ligera de los cristianos llevó la muerte y la devastación hasta mas allá de Sevilla y de Ecijs, y hasta el extremo meridional de Andalucía.

No contento el Rey Alfonso de Castilla con esta expedición, de la cual llevó el arzobispo Martin tan rico botín á Toledo, escribió una carta al Sultán de los Almohades, para provocarle á nueva guerra, escrita con la mayor altivez.

«En el nombre de Dios bueno y misericordioso, el Rey cristiano al príncipe de los Mahometanos. Venid, y enviad tropas contra mí; y si no pudieréis, yo os enviaré navés que las trasporten á España, para que yo y mi ejército podamos combatirlos. Si succumbo será esclavo vuestro, tendréis grandes tesoros, y seréis señor absoluto; pero si soy vencedor, todo quedará en mi poder, que desde ahora quiero dirigir contra el islamismo.»

Apenas recibió Jacob esta carta, se enardeció su alma por el islamismo; enojoso del orgullo del rey de Castilla, y se preparó á una nueva guerra contra la España. Para escitar el fanatismo de su ejército, mandó leerle la carta de Alfonso; los soldados acogieron la lectura pidiendo á gritos pelear y marchar inmediatamente. El Emir encargó á su hijo y sucesor ya designado, Cid Machamed que contestase al rey de Castilla; y aquel después de leer la carta, escribió al momento en el respaldo las siguientes palabras del Corán.

«Allah todo poderoso ha dicho: debo volverme contra ellos y convertirlos en polvo; quiero precipitarlos en el infierno, y aniquilarlos con mis hombres de guerra, que jamás han visto, y á los cuales no podran resistir.»

Jacob aprobó la respuesta, y la envió al rey de Castilla. Al momento hizo preparar su tienda encarna-

(1) Véanse Mérimón; Colmenares *Historia de Segovia* C. 18 § 21, Seavedra *Corona Gótica* pagina 131.

(2) *Histoire d'Espagne* por Mr. M. Fagús, Paris, 1838.

da y su espada de batalla, como señal de un llamamiento general para la guerra santa, y mandó á todas las tropas que inmediatamente se dirigiesen á Ceuta y otros puntos de embarque. En todo el norte del Africa, desde Saleh hasta Barca, resonó el grito de guerra contra los cristianos que habian amenazado al islamismo. Casi al propio tiempo en que los cristianos de Occidente marchaban á pelear contra Saladin y conquistar á Jerusalem, los hombres de todas edades, los habitantes de las montañas, de los desiertos y de las costas de Africa, se reunian armados para invadir la España; y mientras se queria enarbolar la cruz en Oriente, estaba próxima á sucumbir en Occidente, á manos de los infieles, ó amenazada por lo menos con gran peligro.

Jacob Almanzor arribó á las costas de España el 20 del mes de *reschad* de la egira 591, y desembarcó cerca de Algeciras; pero ya fuese por temor de carecer de víveres, ó ya por aprovechar el espíritu guerrero de sus tropas, se detuvo pocos dias, y marchó contra Castilla. Era el plan del Sultán entrar en el centro de España y apoderarse de Toledo; hecho lo cual le era fácil atacar los demas reinos con ventaja y prontitud. Sabiendo que el rey de Castilla habia reunido un fuerte ejército entre Córdoba y Calatrava, se adelanta Jacob en aquella direccion, para darle batalla. Cuando estuvo á dos jornadas, sentó el campo el 3 *schaban* de la egira 591 (Julio 1195) que era un jueves, y reunió sus generales y oficiales para consultar con ellos las medidas que se debian tomar.

Despues de oír todos los pareceres, se volvió á los gefes andaluces, y prestó sobre todo atencion á Abu Abdallah ben Semanid, hombre inteligente y experimentado; pues creia el Emir, que los Moros de España sabian los mejores medios de combatir con los cristianos, con los cuales estaban en continua guerra, y no podian ignorar su táctica y sus ardidcs. Segun el parecer de aquel gefe andaluz, se ocuparon ante todo de poner en orden el material de guerra, y darle unidad, cosa que no se habia hecho hasta entonces en todas las campañas de los Almohades y sobre todo en la batalla de Santarém. Nombrose un general en gefe, y la eleccion del Emir recayó en el primer Visir, el célebre Abu Jahia, que se habia distinguido en muchas guerras y batallas por su serenidad y valor.

Mandaban á los Andaluces sus propios gefes; pues el no hacerlo así habia causado muchas veces desavenencias en el ejército, y las tropas de Andalucía combatian con menos ardor cuando eran dirigidas por gefes extranjeros. Formaron, es verdad, un cuerpo de ejército separado, pero de modo sin embargo que el general en gefe tuviese su mando supremo. Como los Andaluces y Almohades, tropas regladas de Africa, formaban la principal fuerza del ejército, Abu Abdallah ben Semanid aconsejó que se colocasen de modo, que recibiesen el primer choque del enemigo. El segundo cuerpo de ejército, compuesto de tropas no regladas, en gran parte Moros y Berberiscos, y de muchos voluntarios, debía secundar á los Andaluces y Almohades, como auxiliar y como reserva. El mismo Ja-

cob Almanzor debia decidir la batalla, con su guardia negra y blanca; debia permanecer á cierta distancia tras de una altura, y emboscado en un valle, desde donde podria atacar sin ser visto con sus tropas descansadas al enemigo fatigado, terminar la victoria con su enérgica cooperacion. Tal fue el parecer del gefe andaluz; y Jacob encontró tan ventajoso el plan, que lo aprobó en todas sus partes, y dió sus órdenes en consecuencia.

El Rey de Castilla sin embargo no habia estado inactivo. En proporcion á la pequeñez de su reino, habia hecho inmensos armamentos; no solo le sostenian todos los caballeros castellanos y las ordenes del Temple y de Calatrava, sino tambien el clero del reino. Aunque habia conseguido reunir un ejército de mas de cien mil combatientes, (los autores árabes lo hacen subir á trescientos mil) creyó que era insuficiente aquella fuerza para resistir á tan innumerables enemigos. Al aproximarse el peligro que amenazaba al mismo tiempo á todos los Reyes cristianos, exhortó á los de Leon y Navarra á olvidar toda enemistad, y á reunir sus fuerzas con las suyas para combatir al comun enemigo. Estos, obligados mas bien por el clero y por el pueblo, que llevados de su propia voluntad, ofrecieron socorros, reunieron tropas, y se pusieron ellos mismos á su frente. Pero sus movimientos fueron tan pausados, que Alfonso de Castilla no pudo contar con la sinceridad de su amistad. Parecióle que su designio era mas bien pelear contra Castilla que contra los Sarracenos. En tal incertidumbre, creyó mas prudente renunciar á la costumbre habitual de los Españoles en sus guerras contra los Sarracenos, que consistia en esquivar toda batalla decisiva, y en encerrarse en los castillos, hasta que el inmenso ejército de los infieles tuviese que retirarse por falta de víveres, por enfermedades ó á causa de la estacion. Alfonso al contrario, engreído con tener un tan numeroso ejército, y tambien equipado, creia por una parte que era poco honroso retirarse ante el enemigo, y por otra confiaba poder alcanzar solo la victoria sobre los numerosos hijos del Africa.

El 19 Julio de 1195, ó el 9 *schaban* de la egira 591, fue el dia en que se dió la memorable batalla de Alarcos. Jacob Almanzor para inflamar mas el ardor de los suyos, hizo esparcir la voz por todas las filas, desde por la mañana, de que durante el sueño habia visto á un ginete montado en un caballo blanco, que salia de las puertas del cielo. Llevaba en la mano un gran estandarte verde, que cubria toda la tierra, y la boca de un angel del septimo cielo le habia anunciado que obtendria una completa victoria, por la voluntad de Dios. El ejército, que segun se dice ascendió á seiscientos mil hombres, y al cual habian enviado su contingente treinta generales, se formó en el siguiente orden de batalla: los Almohades al centro; los Arabes, esto es, los descendientes de los primeros conquistadores mahometanos de Africa, ocuparon la izquierda, y veianse á la derecha á los Andaluces, mandados por Abu Abdallah ben Semanid.

Jacob Almanzor formó á alguna distancia la reserva

con lo escogido del ejército y las guardias. Los voluntarios, compuestos en gran parte de tropas ligeras y de honderos, fueron enviados al frente de la línea como partidarios, y guiados por un estandarte verde que era el color de los Almohades; ellos eran los que debían trabar la pelea. Todos estaban animados de sin igual ardor por ganar la corona del martirio.

Entretanto el Rey de Castilla había ordenado sus valientes tropas, y su línea de batalla estaba defendida por un lado por la fortaleza de Alarcos, y por otro por un monte, al cual no se podía subir sino por estrechos y difíciles senderos. De modo que el ejército castellano ocupaba una posición ventajosa sobre una altura.

Cuando las tropas de los Sarracenos que atacaban hubieron penetrado hasta el pie de la altura que ocupaba Alfonso, procuraron escalarla, excitadas por sus gefes. Siete á ocho mil ginetes cristianos cubiertos de todas armas se precipitaron sobre los Sarracenos con irresistible violencia. Dos veces fue rechazado aquel terrible ataque de la caballería cristiana. Los Arabes y las tribus berberiscas habían hecho todos sus esfuerzos por resistir aquel choque; pero cuando los ginetes castellanos, auxiliados por tropas frescas, renovaron por tercera vez el ataque y redoblaron su ardor, rompiéronse las filas enemigas, pereciendo una parte y huyendo la otra. Millares de Sarracenos hallaron allí la muerte, y entre ellos el general en jefe Abu Johia ben Hafas. Ya creían los cristianos haber conseguido una victoria, con haber roto el centro del ejército de los Almohades, cuando los Andaluces y algunas tribus nezetas, á las órdenes de Abu Abdallah ben Semanid, se adelantaron sobre el centro de Alfonso, que se hallaba descubierto por la marcha demasiado fogosa de la caballería cristiana. Allí estaba el Rey de Castilla en persona, rodeado de diez mil ginetes, y entre otros los del Temple y de Calatrava. Recibió con mucho valor el choque de sus enemigos. Trabajó una lucha prolongada y violenta; y el valor suplía en los cristianos al número. Ni cuando se adelantó el Sultán con su guardia, arrojando delante de sí á los caballeros castellanos, redió Alfonso con sus diez mil ginetes; pues estos habían jurado por la mañana en sus oraciones, perecer antes que huir. El combate continuó con espantosa carnicería. Los Arabes cubiertos de polvo peleaban con rabia; en todo el país en rededor resonaban los gritos, las pisadas de los caballos, el sonido de los atambores, el ruido de las armas, y los gemidos de los moribundos. Aunque solo avanzaban los Almohades sobre montones de cadáveres de los suyos, estuvieron sin embargo ciertos de la victoria, cuando ya no vieron junto al Rey de Castilla si no los restos del ejército cristiano. Para acabar con ellos y dispersarlos, el Emir Almumenin se puso á la cabeza de los suyos; llevaban delante de él el santo estandarte blanco, con esta inscripción: *Le Allah illeh, Muhammed rasul Allah, le gallib illeh Allah.* (Ninguno es Dios si no Dios, Mahomet es su Profeta, nadie es vencedor sino Dios). Entonces atacó de nuevo á la caballería cristiana. Aunque Alfonso estaba á cada instante mas espuesto, rehusó huir para

ponerse en salvo, y sobrevivir al pesar de aquella derrota. La mayor parte de los ginetes, fieles á sus juramentos, cayeron al lado del Rey, al cual tuvieron que arrancar con violencia del campo de batalla, donde quería morir.

Tal fue el terrible resultado de la sangrienta jornada de Alarcos. Treinta mil hombres quedaron en el campo de batalla; la flor de los caballeros Españoles, todo el campo y las riquezas que contenía fueron presa del enemigo; las fortalezas de Calatrava y de Alarcos fueron tomadas por asalto; pero los Españoles tuvieron todavía el pesar de saber que aquel golpe fatal les había sido dado por los consejos de los cristianos desterrados que seguían á los Almohades, y principalmente por los del Conde Pedro Fernandez de Castro, desterrado de Castilla, que mostró grande actividad para preparar aquel desastre á su patria.

La victoria de Alarcos aumentó mucho la gloria de los Almohades. Jacob Almanzor la hizo publicar en todas las mezquitas de su dilatado imperio. La quinta parte del botín se repartió entre todas las tropas, y el resto se lavirtió en construir una magnífica mezquita en Sevilla, y un gran palacio en Maroc, para eternizar el recuerdo de aquella victoria.

MISCELANEA.

CARLOS V, Y GUICCIARDINI.

La Italia cuenta en el catálogo de sus historiadores á Guicciardini, que á mediados del siglo XVI publicó una historia de su país, muy apreciada aun en el día.

Habiendo llegado á Bolonia el Emperador Carlos V, para ser coronado por el Papa Clemente VII, esperaba cierto día para hablar con él varios príncipes é hijosdalgo, entre los cuales estaba tambien Guicciardini. Sabido por el Emperador, mandó entrar á este, y púsose á conversar con él muy detenidamente sobre materias históricas. Entretanto uno de los cortesanos fue á decir al Emperador que fuera murmuraban varios militares y personas distinguidas, porque se había mandado entrar á Guicciardini apenas llegó, siendo así que ellos hacía muchos días que no podían conseguirlo. Entonces el Emperador, agarrando de la mano al escritor, salió con él de la sala, y habló á los circunstantes de esta manera: «Sé caballeros, que os habeis escandalizado de que haya mandado entrar á Guicciardini primero que á vosotros; pero os ruego que recordéis que en una hora puedo crear cien oficiales militares, y otros tantos nobles; pero un historiador como este no lo crearia, aunque gastase veinte años. Además ¿de qué servirían vuestros trabajos en la guerra ó en el Consejo, si los historiadores no conservasen de ellos memoria á la posteridad? ¿Por dónde sabéis vosotros que vuestros antepasados fueron héroes, sino por la historia? Cumple pues honrarlos, para que ellos se dignen transmitir vuestras hazañas á los venideros. Así pues, Señores míos, no os ofendais ni espanteis del respeto que tengo á Guicciardini, porque tenéis tanto interés en estar bien avenidos con él, como yo mismo.»